Artículos Ganadores de los Premios Revista Ejército 2015

Premios Revista Ejército 2015

Primer Premio

Muerte y Sensibilidad

Juan Bustamante Alonso-Pimentel
Coronel. Caballería. DEM

Segundo Premio

¿El retorno de la historia o de la gran ilusión?

Pedro Sánchez Herráez
Teniente coronel. Infantería. DEM

Tercer Premio

¿Es suficiente la estrategia adoptada para vencer al estado islámico?

Francisco Javier Blasco Robledo
Coronel. Infantería. DEM

Primer Premio

Muerte y Sensibilidad

Juan Bustamante Alonso-Pimentel
Coronel. Caballería. DEM

MUERTE Y SENSIBILIDAD

Juan Bustamante Alonso-Pimentel. Coronel. Caballería. DEM

La mayor parte de los grandes secretos de la vida son sencillísimos. Me refiero a los secretos para llevar una vida satisfactoria, plena y todo eso. En momentos de zozobra, la solución termina por emerger como algo simple, evidente; lo único que hay que hacer normalmente es esperar y... querer ponerla en práctica.

Uno de esos secretos sencillísimos —no de la vida pero sí del mando— que no creo que un solo militar ignore, es la imperiosa necesidad de dirigirse a los subordinados de vez en cuando. La «charla» va más allá del contenido de lo que se quiere comunicar y el encuentro en sí; la voluntad de transmitir puede superar claramente el contenido del mensaje. Como sujeto paciente que fui y sigo siendo, siempre me gustó cuando un jefe, del empleo que fuese, nos reunía y me sentaba a escuchar con ese *«¡a ver qué nos cuenta!»*, con la esperanza no solo puesta en alguna novedad a punto de desgranarse e inaccesible a mi empleo, sino con la ilusión por la cercanía del momento, la sensación de que, en esos precisos momentos, se estaba cimentando la formación de un grupo. No sé si es algo térmico motivado por el calor de los cuerpos reunidos en una sala, o mental debido a la atención simultánea de los presentes en un mismo hecho, pero ahí hay equipo.

Lo que para mucha gente, muchas empresas civiles, puede ser un consejo de dinámica de grupos, para el militar como jefe, es una necesidad absoluta.

La guerra es un asunto complicado. Los conflictos de nuestro tiempo nos han llevado a la

mayoría de nosotros a conocer alguna de sus facetas, aunque casi siempre de manera algo superficial. Cada misión en el exterior es distinta, y nuestra función en ellas también suele diferir bastante: unas de planificador, otras de asesor, otras en unidad de combate, otras en ayuda a la población, y otras, y otras... No son las guerras de antes, son las de ahora y nuestro papel es... también el de ahora. Es el papel que le corresponde a nuestro País, un país en paz y pacífico con equis compromisos internacionales.

Sin embargo, entre este universo cambiante que nos rodea y al cual nos adaptamos como podemos faltos de aliento, nuestra preparación sigue manteniendo una base permanente. Es «lo permanente» que no tiene que adaptarse al fluido viscoso de la evolución de los conflictos. En el centro mismo de esta base inmóvil, intocable, seguro que hay un acuerdo absoluto en que lo que debe permanecer son los valores; los míticos «valores» de los que tanto hablamos aunque, como ocurre con la guerra y con todos los sustantivos abstractos, de manera algo superficial casi siempre.

Hace no mucho, en Qala-i-Naw, reuní a mi equipo de asesores, «el MAT» (*Military Advisor Team*), con la intención de hablar de cualquier cosa. Solo dos o tres puntos en mi guión, daba igual. La reunión respondía más al beneficio de mantener un ritmo, una pequeña rutina de contacto y comunicación, que a la urgencia de tener que actualizar a mi gente sobre la situación táctica o de seguridad. Formato distendido: informo, pongo al día, pregunto, bromeo, comento, escucho, distiendo y de repente... todo por la borda. En uno de los fracasos dialécticos más claros que recuerdo, al hilo de un comentario cualquiera en un momento cualquiera, no fui capaz tras un buen rato de discusión de hacer ver que, el objetivo de la misión no era aquel que tanto habíamos escuchado todos: «que todos regresásemos vivos a España».

No sé por qué hay tantas frases, en general, que se repiten con eco y algo en el

El conocimiento y el entendimiento del país donde se opera es factor decisivo para el éxito de la misión

Arenga a los militares en Corea del Norte

consciente colectivo las repercute a través de los años. La repetición genera el efecto contrario y, en vez de marcarse a fuego, se quedan vacías, huecas. El contenido no importa excesivamente pero, parece al orador, que la estética del discurso pide un momento de exaltación. Así, en la fase de reflexión previa a la elaboración de un discurso, en la soledad ante el folio pensando en ese momento de gloria frente a las huestes que escucharán firmes quieran o no quieran, se agolpan no pocas frases hechas, clásicas, tópicas, épicas, previsibles y... alguna vez poco creíbles.

Entre estos mitos de la oratoria militar desgastada, se encuentra sin duda la frase a la que me he referido antes: «habéis cumplido el objetivo fundamental de la misión: habéis vuelto todos». Creo que la he escuchado al menos tantas veces como años llevamos de misiones en el exterior. La complicación para convencer con una frase sencilla es que necesita corazón, y esta víscera se adormece en el siglo XXI. Convencer es conmover, y el sentimiento natural y humano de no querer perder a ningún compañero se queda fofo y mollar con la falsedad (ninguna misión se emprende con el propósito del regreso íntegro de sus miembros).

El problema no es la evidencia de que en ninguna orden de operaciones aparecerá el cometido explícito ni implícito de volver al redil y comprobar que han vuelto tantos soldados como partieron. El problema es que el mensaje es perjudicial.

Cuando salen mil y vuelven mil, será sencillísimo encontrar claves del éxito para que esto haya sucedido; sencillísimo saber qué hubo en la fase de preparación, en la coordinación de infinitas acciones simultáneas en el teatro de operaciones, en el mantenimiento del material, en la bondad de los equipos del combatiente, en... El éxito del regreso íntegro se deberá seguramente a un cúmulo de circunstancias, algunas casuales y muchas otras de habilidad del contingente entero que, a nada que pensemos, seremos capaces de alabar y dar en la diana para llegar a donde hay que llegar: al tuétano. ¿Nos damos cuenta de cuándo nuestras palabras no traspasan ni siquiera la chupita del soldado? ¿Somos conscientes de cuándo lo que decimos, difícilmente nos lo

creemos nosotros mismos y menos aún los corazones que aguantan a pie firme? ¿Hemos perdido ese sentimiento de percibir cuándo llegamos al auditorio y cuándo nuestras palabras se caen del atril directamente al suelo? Quizá.

Hace tiempo que España ha perdido pluma y voz. No se escribe «como antes», ni tampoco la oratoria está en su mejor momento. Parece con frecuencia que la esencia del éxito verbal se basa más en el volumen de la voz que en el contenido. Lo dramático es, y vuelvo a la idea inicial, que en realidad la solución es sencillísima: se trata simplemente de decir lo que sentimos, y no lo que debemos. Normalmente los escritores que nos conmueven, no basan su éxito en ideas excelsas y novedosas, sino que nos dicen cosas que ya sabemos, pero aciertan a hacerlo de forma clara y bella; exceptuando a los poetas que, como decía el físico Paul Dirac, dicen de manera incomprensible lo que todos sabían hasta entonces.

Este plañido no se refiere ni mucho menos en exclusiva a la familia militar; es factor común que compartimos con nuestros connacionales, resultado lógico de una educación en la que apenas se presta atención a las exposiciones, ni verbales ni escritas. Difícil es que estas surjan espontáneas, con calidad, si no se basan en la práctica, en el trabajo. «*La inspiración tiene un 90% de sudoración*», dicen que dijo Pascal.

Volviendo al humano deseo de que nadie caiga en tierras extrañas (que casi todas lo son), volviendo a la frase manida que estoy comentando, lo malo que tiene... es que puede ser real. Es que verdaderamente podemos llegar a considerar que no sufrir ninguna baja es un objetivo; y no lo es. Suena extraño, pero «la frase» se puede enmarcar en el deseo, pero no en los objetivos. El problema real, el de fondo, el que nos lleva a abusar del deseo del retorno integral, es que nos aterra morir. Por encima de todo, queremos evitar la muerte; la muerte ya no es algo cotidiano. La vida se alarga, la muerte se esquiva. Por encima de todo, que nadie se quede en el camino pero... la muerte acecha al militar. La esencia de nuestra profesión está

Saltando al ataque (tropas soviéticas en la Segunda Guerra Mundial)

unida a la muerte. Nuestra profesión es la guerra, y la guerra es muerte; y se puede disfrazar, y minimizar, y llorar, pero está ahí.

La vida cada vez es más cómoda, más fácil, más regalona... «*La vita è bella*» nos contaba Benigni. Es tan bella, que dejarla supone un desgarro nacional. Afortunadamente los años han ido produciendo un alejamiento de esta «esencia» de nuestra profesión. La muerte se aleja de nuestros escenarios de misiones en el exterior. Casi siempre volvemos casi todos, con trágicas y desgraciadas excepciones. Además, el militar en operaciones no muere solo. La tragedia personal se acompaña de traslados, recepciones, funerales, autoridades y lágrimas horribles y sentidas por ese hecho que no llegamos a asumir: la muerte consustancial a la condición militar.

Cuando celebramos en estas fechas centenarios diversos de la Primera Guerra Mundial, dudo si yo mismo sería capaz de saltar desde mi trinchera hacia una ametralladora hostil situada a cien metros de mi posición. Dudo también sobre si sería capaz incluso de dar una orden a uno solo de mis hombres para hacerlo. La misma orden que hace cien años se dio una y otra vez y llevó a cientos de miles de jóvenes a una muerte segura sin titubear. Y murieron. En el nivel táctico de aquellas viejas batallas, probablemente sus órdenes de operaciones estuvieran guiadas por conceptos simplísimos y ejecuciones imposibles. ¿Nos ocurrirá a nosotros lo contrario? ¿Será posible que el apego a la vida, el terror a la muerte, nos lleve a simplificar la ejecución de las operaciones, a llenarnos de precaución y medidas de seguridad? A aquellos jóvenes centroeuropeos,

La ausencia de miedo y la comprensión serán lo que nos lleve a triunfar en el objetivo último de la misión (vista de Mostar tras la guerra en la antigua Yugoslavia)

desgraciadamente, nadie les pudo decir que habían cumplido el principal objetivo: volver todos.

Releyendo estas líneas, que tienen más de remoción de conciencia que de estricta verdad, este artículo sería sido un tremendo fracaso si alguien que haya sufrido de cerca un fallecimiento se sintiese dolido, porque el objetivo no es minimizar el dolor, sino retomar conciencia de que la muerte forma parte inseparable de nuestra profesión, tanto para sufrirla como para causarla. Creo precisamente que es el sentimiento la clave del éxito de cualquier unidad. Hay una palabra odiada por su matices afeminados que viene dada en la expresión *«es un hombre muy sensible»*. Posiblemente la mayoría de nosotros preferiríamos no ser *«de esos»*. Gran error, es al revés. «*No sé si enamorarme o comerme un sándwich, el caso es «sentir» algo en el estómago*», decía Mafalda.

La sensibilidad es condición indispensable del buen jefe. Se hace extraño concebir una profesión altamente vocacional como la nuestra si no se está dotado de sensibilidad. Difícil creer en símbolos y sentir emoción ante ellos si no se tiene un carácter sensible. Imposible ser un buen jefe si no se tiene el tacto humano para palpar las dificultades, el dolor de nuestros subordinados en ocasiones. ¿Qué tendrá que ver la dureza de la guerra con la percepción del sufrimiento, con la sensibilidad ante los problemas ajenos? Nuestra profesión es una profesión de románticos, de soñadores, de «cuatro sin sentido» dispuestos a jugarse el pellejo porque alguien nos lo manda sin cuestionar la justicia internacional que nos avale, el respaldo ciudadano, o lo que encontraremos en el hogar tras un semestre.

Y es que esto de la sensibilidad se estila poco. En nuestro decálogo interno, prima más el formato bravío que el emocional, pero la respuesta viva y resolutiva no suele ser la más atinada cuando tratamos problemas de personal, de gente, de nuestra gente. En ciertos niveles, cuando llegan los problemas no solucionados en primera instancia, es porque no son sencillos y, como tales, difícilmente se resolverán por ímpetu, aunque es lo que nos pide el cuerpo. Todos disfrutamos contando en ambientes relajados cómo resolvimos una situación compleja mediante un acertado ejercicio de autoridad que no daba lugar a dudas a saber quién mandaba. Un ejercicio veloz de comprensión-decisión que nos llevó a amonestar a alguien, reprimirle, atajarle aplicando a Newton: acción-reacción. Nos envalentonamos incluso exagerando nuestra capacidad resolutiva y contundente. Sin embargo, más certeros solemos estar meditando e intentando adivinar los porqués, las motivaciones, las percepciones y las intenciones del infractor... con sensibilidad.

Uniendo los dos argumentos que guían este artículo: la muerte y la sensibilidad, es más que posible que el éxito de la misión (exterior) no se centre en volver todos a casa, sino en haber entendido y ayudado al país al que nos encaminamos. El éxito de la misión, quizá no se deba exclusivamente a la puesta en práctica de nuevas tácticas, técnicas y procedimientos, ni a haber experimentado con éxito nuevos materiales, sino que requiera unas dosis de «*cultural awareness*» (concienciación cultural) infinitamente superiores al habitual conocimiento de sus formas de saludo o de cortesía en el inicio de una conversación.

Esa sensibilidad que aplicamos con el subordinado, tiene que ser por fuerza la misma que apliquemos en el entendimiento de la situación, del sufrimiento y del bagaje cultural del país en el que hemos aterrizado. Algunas veces he dicho que será difícil que tengamos que ir de misión a Francia. Los países en los que nos hemos desplegado durante treinta años son desastres de guerra y humanitarios, caos de herencias históricas complejas y dramas sociales que no pueden tratarse solo con el planeamiento táctico.

Es posible en cambio que sea el conocimiento empático del pueblo que sufre una guerra en cualquier formato el que nos lleve realmente al éxito de la misión. Serán el corazón y la sensibilidad los que nos lleven a sentir su drama como algo nuestro, y entonces su lucha será la nuestra. La ausencia de miedo y la comprensión serán los que nos lleven a entender, y por tanto a compartir, y por tanto a actuar con entrega, y por tanto a triunfar en el objetivo último de la misión, que siempre es el mismo: ayudar a un país con problemas. Siendo así, entonces sí, ojalá sigamos volviendo todos.■

Segundo Premio

¿El retorno de la historia o de la gran ilusión?

Pedro Sánchez Herráez
Teniente coronel. Infantería. DEM

1914 - 2014: ¿El Retorno de la Historia o de la Gran Ilusión?

Pedro Sánchez Herráez. Teniente coronel. Infantería. DEM

> ***«En esas inversiones internacionales de capital descansaba la mayor garantía para el mantenimiento de la paz mundial»[1].***
>
> **Jean Jaurés, político francés**

1914… ACABA LA GRAN ILUSIÓN

El 28 de junio de 1914 se producía, en Sarajevo, el asesinato del Archiduque Francisco Fernando, heredero de la Corona Imperial Austro-Húngara; y lo que aparentaba ser un magnicidio más —en una época en que estos eran relativamente frecuentes—, devino en la primera gran conflagración mundial.

Diferentes circunstancias confluyeron tras ese disparo: los distintos intereses de las naciones —en ocasiones planteados como un juego suma cero—, la incapacidad de la diplomacia para resolver esta crisis —pese al mes largo que media desde el atentado al estallido de la guerra—, el paradigma bélico del momento —basado en la movilización masiva de reservistas, que

obligaba a no ser el último en decretarla so pena de arriesgarse a recibir un golpe mortal por parte del país rival—, etc.

Estas y otras circunstancias devinieron en una realidad que, de manera sorpresiva para unos y previamente anunciada para otros, paulatinamente fue implicando a más y más naciones, más y más recursos, más y más energías e ilusiones, mientras el complicado equilibrio internacional se desmoronaba al compás de cánticos patrióticos de multitudes enfervorizadas de todas las naciones en liza que proclamaban la bondad de una guerra corta («En navidades en casa») que serviría para vengar afrentas, ganar prestigio, recuperar u obtener territorios… las mismas multitudes que, unos años antes, en 1889, ante una Torre Eiffel recién construida para la Exposición Universal de París blasonaban de la era de paz y prosperidad alcanzada…

Acallados ya los ecos del Centenario, quizás convenga realizar una reflexión más sosegada y plantear: ¿cómo se había podido llegar a esa situación?

1914… ¿UN IRREPETIBLE ENTORNO GLOBAL?

El planeta —o la parte desarrollada del mismo, básicamente Europa, Estados Unidos y Japón— se encuentra recogiendo los frutos de la llamada «segunda revolución industrial»: aparecen nuevas formas de producción, se generan nuevos tipos de industrias —química, automovilística, eléctrica— fruto de los grandes avances científicos del momento, se comienza a emplear nuevas formas de energía —petróleo y gas—, el capitalismo y el desarrollo económico alcanzan un nivel desconocido hasta el momento, y junto al papel decisivo de los bancos, permitieron que las grandes corporaciones tuvieran un peso sustancial en las sociedades y en los gobiernos, intentando imponerse a los rivales en una fuerte competencia a nivel tanto interno como externo. Los mercados ya eran globales y se requerían materias primas de todos los continentes para mantener la producción y el consumo, hecho que coadyuvó, en gran manera, al **imperialismo**.

Bajas británicas por ataque con gases (Primera Guerra Mundial)

Alianzas en la Primera Guerra Mundial

Se producen grandes avances en las comunicaciones; se mallan con ferrocarriles los territorios, se abren nuevas rutas, los buques de transporte —y de guerra— cada vez son más grandes y poderosos; telégrafo, teléfono y «telegrafía sin hilos» permiten comunicaciones a lo largo y ancho del planeta —el primer cable telegráfico transatlántico se tiende en 1858— que permiten que la prensa, que alcanza un desarrollo sin precedentes, proporcione noticias de todo el mundo con muy escasa demora; y si viajan las noticias y las mercaderías, los flujos de población no se quedan atrás, y la emigración cambia la geografía humana de regiones y países. Todos estos hechos contribuyen a la generación de una opinión pública con conciencia y percepción de globalidad.

Esa misma población, sumida en un torbellino de cambios[2] con difícil parangón en la Historia, alterna mejoras y empeoramiento del nivel de vida, desarraigo social y posibilidad de ascenso social… al compás de los ciclos de la economía y de las durísimas luchas sociales espoleadas por socialistas, marxistas, anarquistas y diversos movimientos político-económicos que proclaman que es factible una sociedad nueva, un nuevo modelo de sociedad. Y ese nuevo modelo de sociedad aspira a serlo a escala global.

1914… ¿UN IRREPETIBLE ORDEN INTERNACIONAL?

La geopolítica, nacida en el siglo XIX, identificó el poder del Estado con el control ejercido sobre el espacio territorial —y sobre los océanos del planeta—, de tal manera que la política internacional, las energías y recursos de los estados se orientan a incrementar el volumen de espacio bajo su control. Esta situación contribuyó a incrementar la visión del mundo como un espacio único, reforzando la tendencia iniciada en décadas anteriores respecto a la concepción del globo terráqueo como el tablero en el que se materializa «el Gran Juego».

Pero, pese a esa visión de espacio único, y pese a ese afán de crecer cada vez, los intentos por mantener la violencia bajo control han sido constantes, desde el recuerdo de las atrocidades de la Guerra de los Treinta Años hasta el desgaste inducido por las demoledoras guerras napoleónicas surgidas tras la Revolución Francesa.

Conscientes de esa realidad, las naciones europeas recurren a la búsqueda del «equilibrio», situación que resulta un tanto asimétrica por la superioridad británica —especialmente en los océanos— y la relativa diferencia de fuerzas entre el resto de actores; pero este afán permite crear un modelo —que hoy se definiría, sin ambages, como multilateralismo o multipolar[3]— que se

pretende proporcione un equilibrio global que abarque territorios y mercados de todo el planeta.

Este «equilibrio» se ve profundamente alterado por la llegada de dos nuevas potencias al concierto internacional, Alemania e Italia —cuyo «nacimiento» se produce en 1871 y 1861 respectivamente— a un espacio, a escala global, ya parcelado entre las «viejas» potencias, lo cual generaba tensiones en la búsqueda constante, por parte de esas potencias emergentes, de «su lugar bajo el sol». Y la canalización de esas tensiones se intentaba realizar bien por medio de conferencias, bien por la fuerza de las armas.

De esta manera, se suceden las conferencias: desde el Tratado de Viena de 1815 —tras la derrota de Napoleón I— al Tratado de París de 1856 (tras la guerra de Crimea 1853-1856); y, tras la guerra ruso turca de 1877-1878, el Congreso de Berlín de 1878 pretende equilibrar los intereses de Inglaterra, Rusia y Austria-Hungría… pese a su éxito, no es posible colmar todas las aspiraciones de las potencias, de las nuevas naciones y de los territorios que seguían bajo el poder otomano.

Esto conduciría a una carrera de armamentos, en el marco de naciones en pleno ciclo expansivo industrial, —el paradigma es el Acta de Defensa Naval británica de 1889, donde se establece el «two powers standar», la necesidad de mantener una superioridad equivalente a la suma de las siguientes dos armadas más poderosas del planeta—. Y el crecimiento demográfico asociado a los avances médicos y tecnológicos, sumado a la extensión del reclutamiento universal, generaba ejércitos masivos y bien equipados…el **militarismo** cobra fuerza en los gobiernos.

1914… ¿UNA IRREPETIBLE SITUACIÓN INTERNA?

Las piezas básicas del tablero mundial eran naciones e imperios —conglomerados o «prisiones de naciones» según la visión—. Y esas piezas se ven sometidas a diferentes tensiones: por un lado, el **nacionalismo**, que va endureciendo su discurso al compás de la desaparición del Imperio Otomano y de los aires posrománticos que siguen recorriendo Europa; las cuadernas de los imperios (Otomano, Austrohúngaro, Ruso y, en menor medida, Británico) crujen con aires de independencia, de creación de nuevas naciones, enfrentados con las dificultades de asimilación

La movilización y el reclutamiento masivo se produjo en todos los paises contendientes

La Gran Guerra de 1914 fue una guerra de trincheras y frentes estabilizados

de minorías, de los problemas derivados del serio intento de escolarizar a todos sus habitantes en la lengua oficial…todas las viejas naciones se enfrentan a planteamientos secesionistas, en una era de cambios en la que todo es cuestionado.

Simultáneamente, y paradójicamente —o no— los movimientos «pan» —del griego *păn*, todo— tales como pangermanismo, paneslavismo… buscaban aglutinar, en una sola nación, a grupos humanos dispersos por territorios pertenecientes a diferentes países y, en sus visiones más radicales, a recuperar los territorios que, de manera real o mítica, habían ocupado en tiempos pasados, tiempos que, obviamente, siempre fueron mejores. Y, como una fuerza intra y supranacional más, los movimientos obreros y partidos políticos intentan organizar, aglutinar y concentrar los esfuerzos de las masas trabajadoras desde un marco internacional —la Primera Internacional de los Trabajadores se fundó en Londres en 1864—, aspirando a conseguir desde la mejora de condiciones laborales hasta, en su extremo, la Revolución.

Cada una de las naciones, además de estar sometidas a estas tensiones en mayor o menor grado, poseía su propia realidad: Alemania, potencia emergente, con alta demografía y poder industrial, busca «su espacio» en un planeta casi repartido —salvo África, donde se produce una nueva oleada de colonialismo—. No posee una rivalidad «clásica» con Gran Bretaña, la primera potencia mundial del momento, sino que se genera, precisamente en esta época, como consecuencia de los afanes de expansión de Alemania. Italia, en pleno «Resurgimiento», recupera mitos del pasado —la cuarta Roma, territorios irredentos…— en la búsqueda, también, de su espacio en el mundo.

Francia, potencia en cierto declive, con baja natalidad y con un poderoso sentimiento de revancha ante Alemania a consecuencia de la abrumadora derrota sufrida en la guerra franco-prusiana de 1870, busca recuperar su posición de dominio en Europa continental, y para ello forma parte de alianzas que permitan atrapar a Alemania en un «rodillo compresor» y así vencer en la potencial próxima contienda.

El Imperio Otomano, el «débil anciano enfermo» que lleva décadas en decadencia, se ve sometido a tensiones extremas, desde dentro y fuera de sus cada vez más menguados límites, mientras su sistema organizativo, maquinaria estatal y cosmovisión no son capaces de responder a los retos y desafíos del momento; y el Imperio Austrohúngaro, también

heterogéneo y plural, sujeto —como mínimo— a una bicefalia en la que, pese a ministerios conjuntos, delegaciones y demás mecanismos de coordinación, los diferentes gobiernos dentro del Imperio dificultaban enormemente la unidad de esfuerzos e, incluso, la propia visión del mismo como casa común de todos.

Y, continuando con su permanente expansión hacia aguas cálidas, hacia el oeste, el Imperio Ruso abandera el paneslavismo, apoyando a los eslavos de Balcanes en sus afanes —o instrumentalizando a estos— para conseguir sus fines, sometiendo a su pueblo a esfuerzos de una intensidad sobrehumana[4].

Todas las naciones buscaban expandirse; ninguna era suficiente potente como para batir a otra con absoluta certeza —ni siquiera Gran Bretaña—. Por eso, en ese mundo multipolar, las coaliciones, la **política de alianzas**, —Triple Alianza de 1882, Entente Cordiale de 1904, etc— constituyó una medida defensiva habitual de agrupamiento y disuasión hacia el potencial adversario.

1914… ¿UNOS IRREPETIBLES PROLEGÓMENOS?

En los inicios del siglo XX, la situación global dista de estar en calma: la crisis de Fachoda en 1898 o la crisis de Agadir en 1911 —incidentes en África entre potencias (Francia-Gran Bretaña y Alemania-Francia respectivamente), si bien empeñan pocas fuerzas, alcanzan una resonancia política, militar y de opinión pública tal que a punto están de desembocar en una guerra.

Las llamadas Guerras Balcánicas (octubre 1912, mayo 1913 y junio-julio de 1913) que azotan el «avispero balcánico», son contempladas como unas guerras más en una zona siempre inestable; pero, por otra parte, son guerras en las que Serbia, Bulgaria, Montenegro, Grecia, Rumania e Imperio Otomano, amigos, aliados y enemigos de según qué potencias, pretendían repartirse y reasignar territorios en esta zona del mundo, incluyendo las siempre importantes cuestiones relativas a la salida al mar (de Serbia al Adriático y el control del puerto de Salónica). Y las potencias no podían permitir que «sus» naciones «delegadas» salieran muy perjudicadas… o que posibilitasen alcanzar los objetivos a las potencias rivales.

Las tensiones van incrementándose según avanza el siglo; se va percibiendo como posible la posibilidad del estallido de una guerra, conflicto que la política de alianzas podría hacer crecer

Cocinando en la campaña

hasta alcanzar niveles de violencia sin referencia previa, pero el hecho, constatado durante siglos, del intento de evitar, por parte de las potencias, la guerra entre ellas, sabedoras que al final se infieren mutuamente tal grado de desgaste que otro ocupa su lugar, mantiene las espadas en alto pero siempre se da pie a que la diplomacia haga su papel y rebaje las tensiones…

2014… ¿EL RETORNO DE LA GRAN ILUSIÓN?

Tras un salto de cien años, la situación aparenta ser distinta:

«*Ahora tengo que pediros recapituléis por un momento las proposiciones fundamentales de esta exposición, a saber: que las relaciones de los Estados entre si se modifican rápidamente en obediencia al rápido cambio de las condiciones circunstantes, a la división más activa del trabajo, consecuencia de la mayor rapidez de las comunicaciones; que esta división más y más acentuada del trabajo, establece una relación de dependencia recíproca inevitable entre los que colaboran a la empresa común; que esta condición de dependencia recíproca implica, a su vez, la declinación de la fuerza física como factor o recurso en sus relaciones mutuas; que esta declinación de la importancia de la fuerza física no solo debilita necesariamente la significación del predominio político, sino que, en virtud de la misma complejidad de la división del trabajo, propende a la cooperación universal, agrupando las diversas unidades en un orden independiente de toda división, en términos que las fronteras políticas han cesado de demarcar las fronteras económicas o de coincidir con ellas; y que —por último— en virtud del efecto acumulativo de todos estos factores y como consecuencia directa de los mecanismos inherentes a la coordinación de ellos, sobrevine lo que pudiéramos llamar la reacción telegráfica de las finanzas, —un estado de sensibilidad que le permite al organismo en conjunto darse cuenta rápida de cualquier lesión que padezcan sus partes componentes. Todo lo cual se puede resumir en la aseveración de que la fuerza militar está cada vez más lejos de poder surtir los efectos a que se le destina y tiene al fin que llegar —y creo que ha llegado ya— a la completa desuetud económica*»[5].

Estas líneas —cambiando la palabra «telegráfica» por su equivalente *online* actual— bien pudieran haber sido pronunciadas ayer, como argumento central en cualquiera de los foros que realizan análisis en pro de paz y seguridad internacional. Pero fueron escritas en 1909 por Norman Angell, recogiendo en su obra «la Gran Ilusión» una percepción muy generalizada[6] relativa a que la dependencia recíproca de las economías evitaría el potencial desastre.

Finalmente, la guerra, la llamada Gran Guerra, estalló. Y la Gran Ilusión quedó en eso, en una simple ilusa ilusión… Y, en la actualidad… ¿mantenemos esa misma ilusión?

1914-2014… REFLEXIÓN ¿FINAL?

Si bien las mismas causas no tienen por qué llevar inexorablemente a las mismas consecuencias, bien es verdad que, normalmente, ante estímulos similares la respuesta es similar. Imperialismo, militarismo, nacionalismo y política de alianzas, culminados con un hecho, a priori no demasiado significativo —asesinato de Sarajevo— jalonaron el camino a una guerra mundial.

Media un siglo entre 1914 y 2014… ¿han cambiado tantas cosas que no es posible reconocer los hitos que señalaron ese camino?: búsqueda del control de mercados y territorios por todo el planeta —hoy nos encontramos en la era de la lucha por los recursos—, rearme a gran escala —basta ver los presupuestos para armamento de Rusia y China—, recurso a la fuerza para la resolución de diferendos (Crimea, Oriente Próximo…), nacionalismos disgregadores —verbigracia Europa, con sus referéndums o la fragmentación y radicalización reflejada en las últimas elecciones del Parlamento Europeo en 2014—, movimientos transfronterizos (panruso…), ideologías globalistas (islamismo radical, partidos extremistas…) van generando tensión e inducen un agrupamiento/separación del planeta en alianzas que si bien no son adversarias per se, si que representan intereses distintos.

Ciertamente, se puede argumentar que este tipo de hechos no son novedosos en la Historia —quizás no tan intensos, quizás no tantos a la vez como ahora—, pero cuando recordamos que, además de lo ya referido, «nuevas» potencias

Terroristas de Boko Haram

expansivas reclamaron un lugar bajo el sol o recuperar el que tuvieron —¿cómo China, Rusia… hoy día?—, cuando recordamos la generación de rivalidades no históricas fruto de la competencia en la expansión —¿cómo Asia Pacífico y EEUU hoy día?—, cuando recordamos la descohesión de las viejas naciones imperiales y, sobre todo, como un paradigma, la figura del «anciano enfermo» de cuya debilidad todo el mundo se aprovechó y acabó desintegrado —y aquí dejo al albur del lector la elección de la coalición de naciones que crea refleja mejor esa realidad—, cuando recordamos todo esto, quizás, todo nos recuerda a unos hitos muy conocidos.

Y, recordemos también, que el suceso que activó todo, a priori, no parecía importante; de hecho, gran parte de los Jefes de Estado se fueron tranquilamente de vacaciones tras el magnicidio. Confiaban que no pasaría nada, que era un incidente más en uno de los «avisperos del mundo» —¿existen en la actualidad «avisperos» en el planeta?— y que, en cualquier caso, y como un mantra, la Gran Ilusión evitaría la guerra.

Reconocidos los hitos, muy similares a los de 1914, caben dos posturas; desactivar la secuencia de los mismos, para evitar nos jalonen, de nuevo, esa ruta con el destino final ya conocido o prepararnos para llegar a ese destino en las mejores condiciones.

También cabe, ciertamente, otra opción; no hacer nada y confiar, de nuevo, en la Gran Ilusión… a ver si esta vez funciona.

NOTAS

[1] Cita recogida en FERRO Marc, *La Gran Guerra 1914-1918,* Historia y Geografía. Alianza Editorial, Madrid, 2000, página 81.

[2] A modo de simple reflejo de esa realidad y del impacto que esta tuvo en todos los órdenes de la vida, baste recordar la frase «Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad» incluida en la Zarzuela «La Verbena de la Paloma», estrenada en 1894.

[3] Se establecen paralelismos entre el «mundo multipolar» y el que es denominado «directorio de potencias europeas del siglo XIX» en la obra KAGAN, Robert, *El Retorno de la Historia y el Fin de los Sueños*, Taurus, Madrid, 2008.

[4] Sufrimientos tan intensos que motivaron que, pese a ser una sociedad agrícola y no industrial, el primer país del mundo donde estallase la revolución marxista fuera en la «Santa Rusia».

[5] Angell Norman, *La Grande Ilusión*, Colección Española Nelson, Thomas Nelsons and Sons, París, 1911, páginas 230-231.

[6] Incluso un político y sindicalista como Jean Jaurés —autor de la cita que principa este artículo, enemigo declarado de la guerra y asesinado tres días después del estallido de las hostilidades— compartía esa visión.■

Tercer Premio

¿Es suficiente la estrategia adoptada para vencer al estado islámico?

Francisco Javier Blasco Robledo
Coronel. Infantería. DEM

¿ES SUFICIENTE LA ESTRATEGIA ADOPTADA PARA VENCER AL ESTADO ISLÁMICO?

Francisco Javier Blasco Robledo. Coronel. Infantería. DEM.

El Estado Islámico (EI) es una organización extremista salafista suní que desde su formación ha cambiado de nombre en múltiples ocasiones. Emergió a principios de 2004, con el nombre de Yama'at al-Tawhid wal-Yihad o Comunidad del Monoteísmo y la Yihad; ha venido cambiado sucesivamente de denominaciones hasta que en abril de 2013 adoptó la de Estado Islámico de Irak y el Levante para reflejar su participación en la guerra civil siria, y más recientemente en 2014 y, con la intención de mostrar una mayor internacionalización y extensión geográfica, ha simplificado su nombre por el de EI.

Su actual jefe es Abu Bakr al Bagdadi[1] también conocido como el «Califa Ibrahim» tras proclamarse como tal. Actuaba a las ordenes de Al Qaeda Central hasta que pretendió que el jefe del frente Al Nusra que opera en Siria, Golani, estuviera a sus órdenes; ante la negativa de este, decidió hacer la guerra por su cuenta y escindirse de su matriz.

Tras decidir declarar la *yihad* o guerra santa y crear el EI, llamó a sus seguidores a luchar por dicho «estado» y no diluirse en esfuerzos parciales en los diversos países donde guerreaban. Según los últimos informes de inteligencia,

encabeza actualmente entre 25.000 y 30.000[2] militantes armados activos y muchos miles de simpatizantes en todo el mundo que pueden adherirse en cualquier momento. Además, cada vez con más frecuencia, es muy corriente que se le unan diversos grupos yihadistas como el recientemente denominado Soldados del Califato que es una escisión de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) operante en Argelia.

Su fundamento de autoridad está en la Sharia al Islamiya, la ley musulmana. La organización se caracteriza por su severa interpretación del islam y una brutal violencia contra los chiitas, yazidíes[3] y cristianos. Al ser sus miembros de fe suní, su objetivo es expandirse por Jordania, Israel, Palestina, Líbano, Kuwait, Turquía, Chipre, Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y la Península Arábiga; alcanzar posteriormente la mayor parte del norte y centro de África; continuar con la ocupación de parte del sudeste de Europa y la totalidad de la Península Ibérica. Además, ya han establecido delegaciones en Afganistán y la India.

Sus principales fuentes de financiación provienen de la venta, a través de intermediarios, del petróleo de los pozos bajo su control; de las donaciones de simpatizantes; de importantes sumas de dinero obtenidas de saqueos, robos en bancos, extorsiones, raptos y todo tipo de actividades criminales, y de algún país sunita que les sigue proporcionando apoyos de forma encubierta.

Los éxitos iniciales del EI, aparte del liderazgo indiscutible de su jefe, se han producido por varios factores de entre los que destacan: determinados apoyos económicos y armas en sus bases iniciales en Siria; descontrol y falta de coordinación entre las diferentes facciones rebeldes que actúan en Siria (parte de las armas proporcionadas por EEUU a los rebeldes moderados en Siria cayeron directa o indirectamente en sus manos, así como las suministradas por

Arabia Saudí a las fuerzas del Ejército Libre de Siria)[4]; descontento de los militares y paramilitares iraquíes suníes seguidores de Saddam Husein, quienes además de haber sido expulsados de las fuerzas armadas iraquíes, han sufrido opresión y/o persecución por el gobierno exclusivista sihita de Iraq del primer ministro Jawad al-Maliki, causa por la que fue obligado a dimitir por la presión americana el pasado agosto; escasa y defectuosa formación militar, baja moral y mal rendimiento del actual Ejército iraquí —cuyos miembros ante un enemigo peor armado huyeron en masa abandonando gran cantidad del moderno armamento proporcionado por la ayuda americana—; el que los *peshmergas* (milicianos kurdos) lleven casi quince años sin combatir y con un armamento anticuado y poco efectivo; el reclutamiento forzoso de niños en las zonas ocupadas, y el gran efecto llamada de la propaganda difundida por todos los medios y redes sociales actuales —entre agosto y septiembre del pasado año casi se duplicaron, a pesar de las bajas de combate—.

Tras campañas relámpago tanto en Siria como en Irak, han conseguido dominar grandes extensiones de terreno en ambos países; son más importantes y trascendentes las conquistas en Irak, que llegan hasta pocos kilómetros de su capital, Bagdad, y en Siria ya han alcanzado la frontera con Turquía. Las reacciones iniciales para oponerse a dichos éxitos fueron tibias y poco eficaces. En Irak, principalmente, corrieron a cargo de las inoperantes FAS iraquíes y en el Norte por los *peshmergas* kurdos para defender su población y los pozos petrolíferos en la zona. En Siria, las contramedidas han corrido a cargo de los denominados rebeldes moderados y las fuerzas gubernamentales de Al Asad apoyadas por Irán.

Debido a los progresos iniciales, Irak solicitó apoyo explícito a su aún aliado principal, EEUU. Los estadounidenses creyeron que el problema se

Aspiraciones territoriales para el «califato islámico»

podría aliviar mediante un cambio de Gobierno en Irak, que diera paso a otro de corte más integrador y menos sectario, y con algún apoyo puntual en asesoramiento militar, inteligencia, operaciones especiales y ataques aéreos certeros sobre medios militares del EI. Todo ello combinado con un apoyo más directo en medios de combate para mejorar las capacidades de todas las fuerzas sobre el terreno: iraquíes, *peshmergas* y rebeldes moderados en Siria.

Dado que el EI no contaba con medios aéreos ni con importantes medios antiaéreos ni misiles de medio alcance, se mantuvo el convencimiento de que el conflicto bélico apuntaba a ser asimétrico y de corta duración. Análisis posteriores indicaron que se habían menospreciado varios factores importantes: el valor intrínseco de la tenacidad de sus combatientes; el tremendo arraigo religioso de esta *yihad*; la eficacia del efecto llamada, propaganday reclutamiento a través de las redes sociales; sus capacidades en inteligencia; la presión que ejercen sobre algunos países para evitar o limitar su participación para combatirlos, y su amplio conocimiento en ciberataques. Argumentos estos que obligaron a pensar que la campaña sería más dura y larga de lo esperado.

Por lo tanto, pronto se vio la necesidad de cambiar las estrategias a emplear y ampliar el número de naciones dispuestas a implicarse en esta campaña. Los estadounidenses, siguiendo su tradición de no actuar de forma aislada en la resolución de ningún conflicto, vieron en la celebración de la última Cumbre de Jefes de Estado o Gobierno de la OTAN (septiembre de 2014) la oportunidad para atraer a los miembros de la Alianza y a otros de diferente procedencia, creencia y capacidades para prestar cualquier apoyo a esta «nueva» campaña, aprovechando principalmente el gran impacto que produjo la decapitación televisada de periodistas estadounidenses.

En Gales se produjeron dos hechos fundamentales: una enérgica declaración conjunta y una reunión paralela a la Cumbre que facilitó la

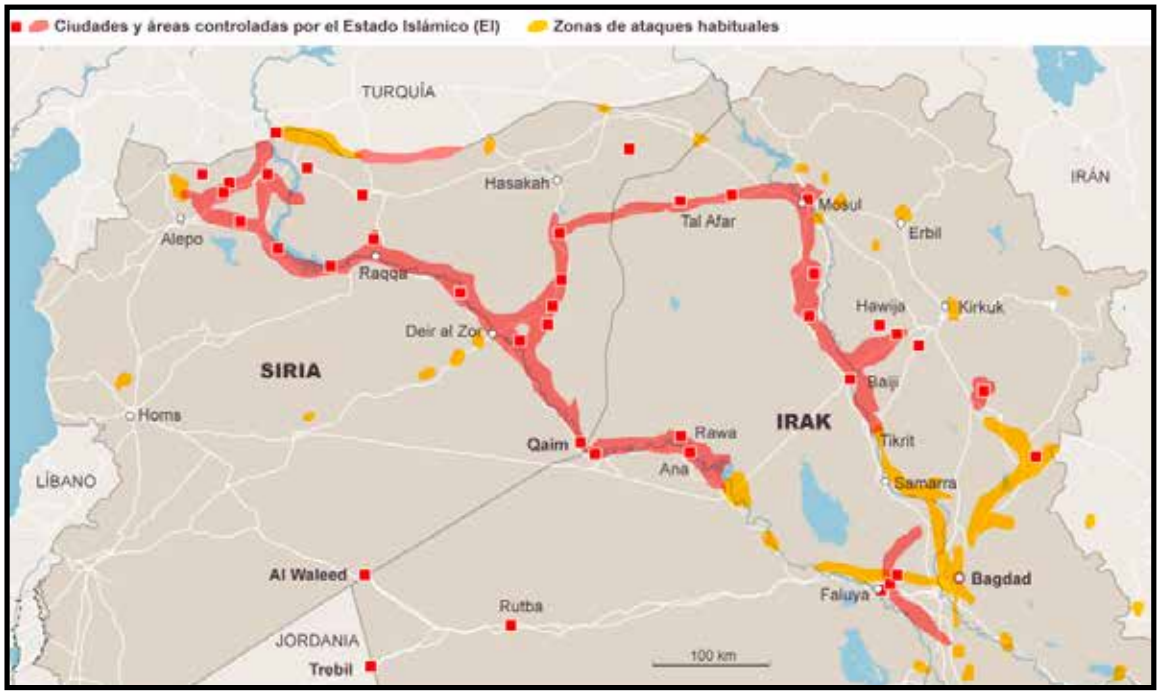
incipiente creación de una coalición específica para combatir directamente al EI.

La referida Declaración Conjunta[5] afirma entre otros puntos que el EI es una grave amenaza para la población iraquí, el pueblo sirio, la región y la propia OTAN; muestra su resolución de aplicar el Artículo 5 para garantizar la defensa colectiva, si cualquier aliado se viera amenazado; y mantiene que la solución pasa por que el Gobierno iraquí aglutine todas las facciones políticas y religiosas del país.

En la conferencia para formar una coalición ad hoc, de los 28 países miembros de la OTAN solo participaron 9: Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Canadá, Australia[6], Turquía, Italia, Polonia y Dinamarca. En dicha reunión, se llegó a un acuerdo de mínimos, pendiente de actuaciones posteriores, por el que se comprometían a estudiar su participación en acciones limitadas a ataques aéreos, inteligencia, adiestramiento y apoyos logísticos, pero sin actuación de fuerzas terrestres. Operar en territorio sirio constituye un problema para los aliados que quieren evitar que dichas acciones fueran confundidas como un apoyo a Al Asad.

Tras conseguir alcanzar esta coalición «de mínimos», sin definición ni explicación ni siquiera de la estrategia a seguir (fue presentada por el presidente Obama en el Senado estadounidense unos días más tarde), la diplomacia americana desplegó una importante campaña para ampliarla y conseguir el apoyo de las NNUU y, al mismo tiempo, recabar fondos económicos para costearla, apoyos logísticos y aéreos, armamento ligero, medios de inteligencia y bases donde proceder al adiestramiento de las fuerzas locales y vecinas para actuar en tierra.

Pocos días después, el 17 de septiembre, y bajo los auspicios de Francia se celebró en París la denominada Conferencia Internacional por la Paz y la Seguridad en Irak a la que asistieron una veintena más de países de Occidente y Oriente Medio. Se puede decir que en un tiempo récord se lograron los objetivos marcados, a pesar de que pocos gobiernos ofrecieran rápidamente apoyos eficaces en medios militares (tan solo Francia[7], Reino Unido, Emiratos Árabes Unidos y Australia). El resto de los aliados europeos y musulmanes prefirió no participar muy



Zonas controladas y de ataques por EI en Iraq y Siria

activamente en operaciones militares directas —a causa de los problemas internos de carácter político-religioso que tiene la mayoría, o por su situación económica, geográfica o proximidad a la zona del conflicto (España, Turquía[8] Grecia e Italia, entre otros)— y ha tenido que darle muchas vueltas a cómo ofrecer algo más que la mera aprobación, apoyo moral o el cumplimiento de compromisos anteriores (como el despliegue de una batería PATRIOT española en Turquía o proporcionar instructores para el adiestramiento de las fuerzas terrestres).

Una vez publicada en varios medios, conocimos que la mencionada estrategia elaborada por EEUU consta de una serie *de pilares fundamentales* resumidos en lo siguiente:

El primero: *una amplia campaña aérea* en Irak y Siria contra objetivos del EI que permita a las fuerzas iraquíes y kurdas permanecer en el territorio, recuperar posteriormente los espacios perdidos y batir al EI en sus bases sirias (en este punto, inicialmente, solo participarían los estadounidenses). Dadas las escasas capacidades iraquíes y la no cooperación con los siros, dicha campaña aérea correría principalmente a cargo de las fuerzas de la coalición.

El segundo: *aumentar el apoyo en medios*[9] *de combate, instrucción y* asesoramiento[10] a las fuerzas iraquíes y a los rebeldes moderados en Siria para mejorar sus capacidades de combate en el terreno.

El tercero: *incrementar las capacidades de protección y seguridad* de los EEUU y de sus aliados para prevenir y evitar los posibles ataques terroristas en su territorio y la libre circulación de los yihadistas que regresen del conflicto.

El cuarto: *mejorar las capacidades de control y supresión de los flujos comerciales del petróleo* por cualquier medio, cortando la más importante base de financiación del EI.

El quinto: *apoyar el establecimiento y desarrollo de un gobierno integrador en Irak*.

El sexto: *mantener y mejorar las operaciones de ayuda humanitaria* a los desplazados y refugiados, originados por el conflicto.

El séptimo: iniciar y promocionar la *recaudación de fondos* para sufragar la operación.

Y el octavo: *establecer y proporcionar bases seguras de adiestramiento* (posiblemente en Arabia Saudí y el propio Irak).

Del análisis de dicha estrategia, inicialmente se desprende que, dado que se enfrentan a un enemigo carente de fuerza aérea y con escasos medios antiaéreos, el dominio del espacio aéreo será clave para asegurar el éxito de la campaña. Pero, no hay que olvidar que el terreno debe ocuparse físicamente para dominarlo.

Las fuerzas terrestres serán mayoritariamente iraquíes y kurdas en Irak, y rebeldes moderados en Siria con determinados apoyos y asesoramientos por parte de la coalición; no se descarta que algún país cercano o amigo de Irak pueda proporcionar fuerzas de combate en tierra, pero, de producirse, serían casi testimoniales. En definitiva, el peso de la batalla terrestre correrá a cargo de los locales aunque el apoyo externo en material, adiestramiento y asesoramiento mejorará sus capacidades. No obstante, esta operación necesita tiempo y a la vista de los resultados obtenidos por el Ejército iraquí tras varios años de ayuda e instrucción norteamericana, no se ve muy factible que en el breve espacio de tiempo disponible para frenar la presión que ejerce el EI, se consigan resultados espectaculares sobre unas fuerzas armadas y milicias poco instruidas y muy bajas de moral.

Las medidas para incrementar y mejorar la seguridad de los aliados de la OTAN y de los países integrantes de la coalición deben correr a cargo de estos países de forma individual, y requiere un intercambio eficaz de la información de inteligencia y policial sobre los yihadistas y sus movimientos, pero no son suficientes para impermeabilizar las fronteras e impedir totalmente los golpes terroristas de células durmientes o de los llamados «lobos solitarios».

Es fundamental tratar de cortar los medios de financiación del EI para ahogar sus adquisiciones y evitar que puedan comprar armamento más sofisticado o capaz de poner en peligro los medios de superioridad aérea de la coalición.

Corregir los errores previos sobre la entidad, fobias, filias y tendencia del Gobierno iraquí es una pieza imprescindible pero no definitiva; los horrores, represiones y daños propiciados anteriormente son muy difíciles de subsanar de forma

rápida y puede que se tarde alguna generación en conseguirlo o no se logre nunca.

La ayuda humanitaria a los refugiados y desplazados es un punto muy importante en toda campaña bélica; desde el conflicto de Kosovo, esta preocupación se incluye en los planes militares, pero su materialización suele recaer en las ONG y en los propios gobiernos afectados, que, normalmente deben recurrir a aportaciones voluntarias salvo que explícitamente se dedique parte de los fondos asignados a la operación.

La formación y el apoyo militar exige una importante cantidad de fondos, sin ellos su alcance y eficacia pueden variar en calidad e intensidad y con ello modificar su resultado final. Si no se consiguen en la cantidad y rapidez suficiente, la misión puede verse en peligro.

Conseguir que determinados países, sospechosos en su día de haber ayudado o apoyado al EI, sean ahora los que soporten los esfuerzos de apoyo a la coalición e incluso alberguen sus bases de adiestramiento, proporciona un valor añadido a la operación porque muestra su posible cambio de postura y manda un claro mensaje al EI de que están en su contra; siempre y cuando, este cambio de postura sea verdadero y no de cara a cubrir determinados compromisos con EEUU o la comunidad internacional.

Al menos en los documentos publicados, no se aprecia ninguna acción específica para tratar de buscar los apoyos necesarios dentro del mundo religioso musulmán para desacreditar y combatir el espíritu y fundamento del EI, mostrándolo como una desviación de la Ley de Mahoma y por tanto contraria a su predicamento. Esta muy

delicada acción es totalmente necesaria para lograr cortar el flujo de adeptos y la comprensión y apoyo de los miles o quizá millones de seguidores en todo el mundo y para conseguir erradicarlos definitivamente.

Tampoco se hace mención alguna a un país que aspira a tener la hegemonía en la zona y mucho que perder con la expansión de EI, Irán. País que, debido a la reciente mejora de sus relaciones con Irak y a su apoyo manifiesto al régimen sirio, ha estado participando con sus fuerzas Quds en combatir al EI en ambos frentes. La sensibilidad que puede suscitar tanto en EEUU como en Irán, una manifiesta y estrecha cooperación entre ambos países, aunque sea por una noble causa, ha obligado a aparcar dicha posibilidad.

Esperemos que esta postura sea solo de forma oficial y momentánea o que dichos contactos y coordinaciones se realicen a bajo perfil por mediación de otros actores principales. El apoyo e información que puedan proporcionar sobre el terreno los bien entrenados Quds podrían ser vitales para aumentar las posibilidades del éxito final. En cualquier caso, Irán no renunciará a desempeñar su papel hegemónico ni a combatir al EI. Una lucha por separado y sin coordinación contra un mismo enemigo estaría destinada a fracasar o a dilatar el éxito final.

Por último, a pesar de la tensión originada por el conflicto en Ucrania, no se entiende que Rusia, que apoya parcialmente a Siria, no haya querido apuntarse a la coalición o no haya tratado de liderar otra similar. Puede que los intereses rusos, como también los chinos —casualmente grandes exportadores de armamento ambos—, vayan por otros derroteros.

A la fecha del cierre de datos para elaborar este trabajo (23 de septiembre de 2014) se puede afirmar que, aun esperando estar errado en la valoración, es altamente probable que la estrategia adoptada no sea suficiente para llevar a buen término esta operación o no lo consiga en tiempo y forma oportunos y con el alcance sificiente para erradicar para siempre un problema que ahora pueda parecer de poca importancia, focalizado y lejano de nuestras fronteras.

Si los éxitos del EI consiguen extenderse en el tiempo y el espacio, podría convertirse en la principal «pesadilla» en el orden mundial. Por ser un tema muy vivo, cuando este trabajo sea editado podremos comprobar la evolución de todo lo reflejado.

NOTAS

[1] Ocupa la dirección del grupo tras la muerte en combate de Abu Musab al Zarqaui, quien la dirigía desde su formación.

[2] El 6% procede de los Balcanes (Albania, Kosovo, FYROM y Serbia) y unos 3.500 del resto de Europa.

[3] Minoría preislámica iraquí cuyas raíces se remontan al 2000 a d C. En una época fue la religión oficial de los kurdos.

[4] http://actualidad.rt.com/actualidad/view/139693-estado-islamico-armas-eeuu-rebeldes-siria

[5] http://www.nato.int/cps/en/natohq/official-texts_112964.htm

[6] Aunque Australia no es miembro de la OTAN, participó en dicha coalición y está dispuesta a enviar de fuerzas terrestres y aéreas.

[7] Francia realizó los primeros ataques aéreos contra objetivos del EI en territorio iraquí el día 19 de septiembre del pasado año. En el momento de redactar el artículo, se esperaba que el Reino Unido y Australia se implicaran pronto en la acción militar.

[8] Turquía, a pesar de que el 74% de su población es sunita, mostró intenciones de participar en la coalición pero para evitar represalias sobre 49 diplomático turcos capturados por el EI y por sus problemas internos con los kurdos, inicialmente desistió de una intervención militar y ofreció apoyo logístico y asentamientos para refugiados. Puede que se vean forzados a cambiar de postura por las presiones internas.

[9] Armas portátiles, vehículos ligeros, equipos de comunicaciones y entrenamiento táctico y estratégico. Con la intención de ir aumentándolo en caso necesario.

[10] EEUU tiene desplegados en Iraq unos 2.000 elementos de asesoramiento, inteligencia y operaciones.■